

## Quinto Domingo de Pascua A2020

Quiero comenzar esta homilía con las palabras de San Pablo en Romanos 8:28: "Sabemos que Dios dispone todas las cosas para bien de los que lo aman, a quienes el ha escogido y llamado".

La certeza de estas palabras había sido verificada y hecha evidente en la vida de la iglesia primitiva. De hecho, después de la muerte de Jesús y la resurrección de Jesús, los discípulos habían sido perseguidos y encarcelados por su fe en Jesús. Muchos huyeron de Israel y se fueron al extranjero para encontrar el refugio y el consuelo en tierras paganas.

Pero mientras huían, la palabra de Dios se extendió ampliamente con ellos hasta el punto de que muchos paganos abrazaron la fe. Esta expansión, sin embargo, trajo problemas en la Iglesia.

La primera lectura de hoy nos muestra uno de los conflictos. De hecho, los cristianos de origen helenista se quejaron contra los hebreos sobre el trato reservado a sus viudas con respecto a la distribución de los alimentos.

Como la situación corría el riesgo de volverse escandalosa, los apóstoles convocaron una reunión para organizar el servicio y el ministerio dentro de la comunidad en beneficio de todos. Esto llevó a la elección de siete hombres de buena reputación para atender las necesidades de la comunidad. En este sentido, los apóstoles dedicaron su vida exclusivamente a la oración y al ministerio de la palabra.

De este texto, aprendemos dos cosas. Primero, la Iglesia está compuesta de los seres humanos y no de los ángeles. En su larga historia, la Iglesia ha llegado a tratar los conflictos causados por la envidia, los celos, la injusticia, y los malentendidos entre personas de diferentes orígenes culturales. En lugar de escandalizarnos ante tal situación, tenemos que tomarlo como normal. De hecho, la situación de conflictos entre los miembros de la iglesia nos hace conscientes de nuestros pecados y de la necesidad de la conversión.

Lo segundo que aprendemos es que la Iglesia es un cuerpo organizado. Cuando los apóstoles se dieron cuenta del riesgo de ser consumidos con numerosas tareas a expensas de la oración y la predicación de la palabra, se liberaron de algunas de sus autoridades. Históricamente, este fue el comienzo del ministerio de diaconado en la Iglesia.

La distribución de los ministerios es importante incluso hoy. Nos recuerda que tenemos dones diferentes para que podamos estar al servicio unos de otros para la consolidación del cuerpo de Cristo. Tenemos que apoyarnos mutuamente y trabajar juntos, cada uno según su carisma, en beneficio de muchos dentro de la Iglesia. Cuanto más trabajamos juntos, más nos aliviarnos las cargas de los demás, y especialmente de los cuya tarea es la oración y la proclamación de la palabra.

Al hacerlo, mostramos que aunque somos muchos y diferentes, no somos más que un pueblo de Dios, su Iglesia. La Iglesia es un templo del cual los miembros son piedras vivas, un pueblo que comparte el real sacerdocio del Señor Jesús, una nación consagrada, un pueblo que Dios reclama como suyo. Pero, la piedra angular que mantiene juntas todas estas piedras vivas es Jesucristo.

Sin Jesús, la Iglesia pierde su enfoque y su dirección. Como un ladrillo que yace solo, es inútil cuando no se incorpora a un edificio, también es la vida del que no se une a Jesús. Ser cristiano es vivir en comunión con otros dentro de la Iglesia, alrededor de Jesús. Es por eso que un cristiano solitario es un cristiano perdido.

Es cuando estamos juntos que somos fuertes. Cristo, nuestra piedra angular, nos mantiene unidos para ofrecer a su Padre sacrificios espirituales aceptables para él. Estos consisten en una vida santa, irreprochable y llena de obras de amor, paz y alegría hacia nuestros semejantes. Cada uno de nosotros está llamado a ofrecer estos sacrificios y así, a través del bautismo, cada uno se hace un sacerdote.

Tal visión nos ayuda a entender por qué Jesús es importante para nosotros, como hemos escuchado en el Evangelio de hoy. Jesús nos asegura que en la casa de su Padre, hay muchos lugares. Va a prepararnos un lugar. Después, va a regresar para llevarnos para que donde esté, seamos con él.

Aquí se establece nuestra promesa de vivir con Jesús para siempre en el cielo. Mientras nos mantengamos fieles a él, compartiremos su vida. Esto significa también que la muerte humana no es una perdición pura, sino que abre la posibilidad de vivir con Jesús en el cielo. El cielo es donde Jesús está.

Jesús también nos dice que él es el camino, la verdad y la vida. Esta es una declaración fuerte que resume quién es Jesús realmente. Todos buscamos dirección en la vida, pero cuando encontramos a Jesús, hemos encontrado nuestro camino. De hecho, Jesús no solo nos da consejos sobre nuestra vida o nos muestra la dirección a seguir, sino que él es el camino. Nos toma de la mano y nos lleva al Padre. Él nos fortalece y nos guía personalmente todos los días para que lleguemos al propósito para el cual hemos sido creados, es decir, nuestra salvación eterna.

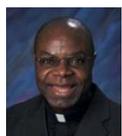
Mucha gente nos ha dicho la verdad; Muchos maestros nos han enseñado la verdad sobre diferentes cosas de la vida y del mundo, pero ninguno ha encarnado la verdad. Muchos podrían decir, te dije la verdad. Solo Jesús puede decir: "Yo soy la verdad". Jesús es la personificación de la verdad. Conocer a Jesús es conocer la verdad.

Cuando la gente se enamora, a menudo los escucho decir: "Nunca supe qué era la vida hasta que la vi en tus ojos". En otras palabras, el amor ha traído vida al amante. Esto es exactamente lo que hace Jesús; nos permite descubrir qué es la vida. Conocer a Jesús es vivir de verdad. La vida con Jesús es vida en verdad. Sin Jesús, no hay vida. Jesús es vida. ¿Es cierto que Jesús es todo esto? Sí, porque el Padre está en él y él está en el Padre.

Quien ve a Jesús ve al Padre. Por esa razón, nadie puede venir al Padre excepto a través de Jesús. Solo Jesús es el camino a Dios. Solo en Él vemos cómo es Dios; y solo él puede guiarnos a la presencia de Dios sin temor y sin vergüenza.

Que Nuestro Señor Jesús bendiga a cada uno de ustedes abundantemente mientras nos unimos para alabarlo y adorarlo. Mientras luchamos con el coronavirus, ¡que Jesús nos sane a nosotros y a nuestro mundo! ¡Que Jesús nos permita alabarlo como lo hemos hecho durante años! ¡Dios los bendiga a todos!

### **Hechos 6: 1-7; 1 Pedro 2: 4-9; Juan 14: 1-12**



Fecha de la Homilía: el 10 de Mayo, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20200510homilia.pdf